

NEWMAN, JOHN HENRY, *La Iglesia de los Padres*, Ed. Encuentro, Madrid 2022, 231 pp., medidas: 21,90 x 15,50 cm.

El Cardenal Newman, cuya fascinante trayectoria biográfica permite ver la obra del Espíritu en un alma inmersa en la vertiginosa aventura del *quaerere Deum*, nos ofrece en esta obra algunos de sus textos más emblemáticos sobre el cristianismo naciente. Es bien sabido que el acercamiento de Newman a los Padres de la Iglesia desembocó en su ulterior conversión al catolicismo en el año 1845, tras haber ejercido su ministerio y su magisterio dentro de la cosmovisión religiosa anglicana, Iglesia en la cual fue ordenado sacerdote allá por el año 1825. También es conocido por todos los estudiosos de la figura de Newman que él extrae de los Santos Padres la luz inspiradora para alumbrar los –no pocas veces– inquietantes e insólitos desafíos de las cosmovisiones decimonónicas con las que le tocó lidiar. El movimiento de Oxford, que Newman lideró desde 1833, se inspiraba precisamente en la Iglesia antigua de los Padres.

El presente libro es de tono divulgativo, orientado al gran público. No por ello adolece, ni mucho menos, de rigor científico o de sólidos cimientos documentales. Presenta la primera parte del segundo volumen de los *Historical Sketches* de 1872 (titulada *La Iglesia de los Padres*) y nos brinda una serie de atinadas semblanzas para conocer mejor a Basilio (pruebas y trabajos), a Gregorio (elevación y caída), a Antonio (en tiempos de conflicto y en tiempos de calma), a Agustín (mirando a los vándalos y a su conversión), a la virgen Demetria y también a Martín y a Máximo. En todos ellos la mirada analítica de Newman encuentra motivos más que sobrados para defender la santidad heroica de sus vidas, así como la autoridad doctrinal de sus palabras (p. 27). La pluma de Newman se desliza aquí, con autoridad y maestría, para describir el ambiente del siglo IV: es el siglo en el que el Imperio romano se hace cristiano; el siglo en el que la Iglesia parece sucumbir al arrianismo; y el siglo en el que incontables bárbaros entran en tropel sobre el Imperio y la Cristiandad. Newman describe, asombrado y expectante, algunas escenas inolvidables enmarcadas en este contexto historiográfico, mientras su brújula interna le lleva del este al oeste, pasando desde Grecia y Asia hasta Egipto, África, España y Galia (pp. 29 y 30).

La presente obra, de cuyas páginas disfrutamos gracias a la exquisita gentileza de la Editorial Encuentro, intercala datos históricos, biográficos, eclesiales, hermenéuticos, políticos, socioculturales y apologéticos. Entre sus páginas se esconden, como diamantes luminosos, textos literales de los santos padres, cuyas voces resuenan con fuerza en medio de la narrativa *newmaniana*. Éstos son los que al que suscribe más le han deleitado. El libro se lee bien, las ideas fluyen con mucha agilidad y los horizontes de pensamiento que abre el Cardenal son como tenaces invitaciones a confrontar lo que el mundo moderno tiene que vivir con lo que vivieron –con sobrada altura de miras– los que nos precedieron en el camino de la fe.

El Cardenal Newman tenía el proyecto de publicar un volumen titulado *Santos antiguos*, pero al final, de mala gana, tuvo que perder la esperanza de completarlo (p. 19). El libro que nos ocupa –junto a todo lo señalado antes– trata de ilustrar también los hábitos y las costumbres de los tiempos primitivos de la Iglesia. Está salpicado de opiniones e interpretaciones personales del Cardenal, de la descripción de detalles históricos y de traducciones necesarias en momentos oportunos (p. 25). Estas semblanzas, que

aparecieron en su mayoría en el *British Magazine* en 1833 y años posteriores, están dirigidas contra ciertas ideas y opiniones protestantes (pp. 25 y 27).

En cuanto a la estructura interna, el libro se articula en torno a 10 capítulos (subdivididos en bloques encabezados por números romanos), precedidos por cuatro secciones literarias de rigor y coronados, finalmente, por unas cuantas páginas muy útiles didácticamente para los profesores de Patrología. En estas últimas se enumeran los datos más significativos vinculados a algunos Padres de la Iglesia, y van desde el 132 (conversión de San Justino) hasta el 450 (cuando Demetria construye la Iglesia de San Esteban).

Es reconfortante para un agustino, como el que suscribe esta recensión, constatar que Newman dedica 2 de los 10 capítulos al insigne Obispo de Hipona (capítulos 7º y 8º). El mismo cardenal nos asegura que poco le costó enamorarse de los largos extractos de Agustín cuando leyó la *Historia de la Iglesia de Cristo* de Joseph Milner (p. 9). Al mismo tiempo nos indica el impacto que provocó en él aquella inolvidable frase agustiniana de la *c.ep.Parm. 3,24*: “*securus iudicat orbis terrarum*”. Poco a poco Newman fue entendiendo que la Iglesia anglicana no poseía la nota de la catolicidad (era inglesa) así como en otro tiempo los donatistas –lejísimos de una cosmovisión eclesial universal– tampoco eran católicos porque estaban circunscritos a los estrechos límites continente africano (p. 14).

El alma de John Henry Newman, así como la de Agustín y la de los grandes Padres de la Iglesia, nos invita a todos a abrir la mente y a ensanchar el corazón. Sólo así, con la amplitud y la holgura que nos viene del Espíritu de Dios, podremos comprender y disfrutar de la impresionante obra divina en esta hora del cristianismo naciente.

P. Manuel Sánchez Tapia, OSA